

LETRAS

JOSÉ DE LA RIVA-AGÜERO, *Estudios sobre Literatura Francesa*; Lima, Editorial Lumen S. A., 1944.

He aquí el caso típico de un autor que es más importante que su obra. No sólo que la obra que comentamos, sino que el conjunto inorgánico de su obra escrita. En efecto, y ello es doblemente lamentable por ser tan notoria su muy notable inteligencia. Riva-Agüero acaba de morir sin haber alcanzado a dar, en ninguno de sus trabajos dispersos, la medida exacta de su talento.

En el fondo, se trata de un caso, bien triste, de inteligencia desperdigada en hojas bellamente escritas y reveladoras de una erudición y de una capacidad de crítica tremendas, pero abiertas a todos los rumbos de la curiosidad y de actividad mental y sólo tenuemente relacionadas entre sí por las modalidades psicológicas e intelectuales de su creador.

En realidad la vida se había mostrado excepcionalmente generosa con este escritor, tan ricamente dotado para su oficio. Gran señor de las letras, la propia facilidad de su talento le llevó a prodigarlo en empresas desconexas, al propio tiempo que el autor formidable en potencia, contento ya de saberse internamente fuerte, distraía su tiempo en otras actividades, menores cuando no antitéticas.

Riva-Agüero tuvo junto a su cuna lujosa a todas las hadas, a quienes el Destino congregó para brindarle sus dotes más excelsos. Aristócrata en uno de los países de América Latina en donde la aristocracia aún más cuenta, Riva-Agüero tuvo las tres aristocracias principales que pueden exaltar la vanidad de un hombre: la del talento, la del nacimiento, la del dinero. Paseó esas tres capacidades por su país y por el extranjero, pero su linaje y su riqueza termina-

ron por triunfar sobre su primera y más auténtica aristocracia, condicionando la dirección y la calidad de su actividad y de su obra.

Pensador, quiso, también, demostrar su capacidad de hombre de acción. Escritor, se propuso triunfar en la política. Esta faz de su vida se concretó en algunos años de labor ciudadana, que alcanzan hasta 1919. En política interna fracasó rotundamente. Claro está que llegó hasta ejercer un elusivo ministerio y a fundar un partido no menos fugaz que su cartera. Pero, para un hombre de su empuje y de su capacidad la responsabilidad ministerial era pequeña. Nada menos que la conquista del poder pudo llegar a ser su sueño, más tarde, cuando el ejemplo europeo enseñaba cómo éste se lograba y se retenía a despecho o con el engaño de los pueblos.

Mas no siempre soñar con algo es conseguirlo. El logro del poder político quedó pronto relegado a la condición de miraje inalcanzable. No había de obtenerlo un intelectual. Era otro el tipo de gobernante que el Perú se daría en esos momentos. Esa política, confusa, interesada, violenta, hecha de audacias, de pequeñas astucias o pasiones, le resultó mezquina, insoportable. 1919 marca el momento de su alejamiento, de su retorno a la meditación intelectual desde la que otea. Y de ese frustrado paso por la política de los partidos le quedó, sólo, el aristocrático alejamiento de las masas, a las que miró siempre con desconfiada y descreída insistencia. Prueba de ello fué una combativa actitud personal e intelectual que ha durado lo que su vida.

Llegado, de golpe, en plena juventud, a la fama, con su excelente tesis sobre Garcilaso —que sigue siendo, para muchos, su mejor página y de cuyo mantenimiento y difusión dice con elocuencia, el hecho de haber sido recientemente reemplazada como prólogo de la edición argentina de la crónica del mulato magnífico—, Riva-Agüero se ha mantenido siempre, desde entonces, en primera fila, entre los escritores e intelectuales peruanos.

No ha sido, sin embargo, autor de gran número de trabajos. Gustaba de madurar lentamente algunos de ellos, conversándolos previamente con algunos de sus fieles —pocos en número y egregios en calidad—, que le creaban esa atmósfera, un poco irreal, de admiración, que le acompañó lo que su vida. Otras veces —como en el caso presente— gustaba de asombrar a su público con el *im-promptu* de una obra inesperada. Pero, de cualquier manera, sus monografías revelan siempre buena prosa y profunda lectura.

Este último rasgo, sobre todo, es típico en la producción de Riva-Agüero. De pronto, en el recodo de una narración, una nota erudita o, a veces, un simple atisbo, una insinuación al pasar, muestran una densidad de pensamiento que es, sobre todo, una densidad de lecturas perfectamente captadas y asimiladas.

Este rasgo prototípico denuncia el formidable lector que en él había; al hombre de curiosidad omnívora, abierta sobre el pasado con una como desesperada ansiedad de conocimiento y compene-

tración. Y este saber cosas y este conocer hechos y personas, ya sumidos para siempre en las sombras de lo acontecido, no era, en él, erudición fría, conocimiento académico y desapasionado.

Por el contrario, todo eso era vivencia verdadera. Los pleitos y las querellas del antaño vivían en su espíritu con la misma violencia con que se habían proyectado en la vida ya desaparecida. No era por alarde que él se apasionaba al tratar de las guerras de religión o del conflicto jansenista, de las invasiones mongólicas sobre China o de las instituciones del Tahuantisuyo. Nada de esto, nada de lo que él sabía del pasado universal, que era mucho y de lo más inusitado, había muerto realmente. Todo vivía dentro de sí, con la misma vida ardiente de su espíritu. Y si algo confiere virtualidad de perduración a lo salido de su pluma —aún para aquellos que no participan de su posición en el conflicto social o de sus ideas—, es esa resuelta y como desesperada beligerancia implícita en toda su obra y puesta tantas veces al descubierto en ella.

Buen ejemplo de lo dicho es este libro postrero, nacido inesperadamente, casi al correr de la pluma y en el cual el autor, so pretexto de hablarnos del movimiento de La Pléyade, o de sus continuadores o renovadores, se muestra, a su vez, de cuerpo entero.

Libro inesperado, hemos dicho, pues nació casi sin el autor proponérselo. Vale la pena de contar la anécdota —que poseo de las mejores fuentes—, pues ella vale para mostrar la capacidad de realización de ese trabajador intermitente cuando su curiosidad insaciable se detenía, por un tiempo, sobre un mismo tema. El director de la Revista de la Universidad Católica de Lima pidió a Riva-Agüero un juicio bibliográfico sobre un folleto de C. C. Humiston, editado en 1943 por la Universidad de California, acerca de los antecedentes ronsardianos de los conocidos preceptos retóricos de Malherbe y de las licencias que este riguroso dómine se concedía a sí mismo cuando los *enjambements* u otras irregularidades semejantes le eran necesarios. Agreguemos que el mismo Ronsard había hecho otro tanto, diciendo con franqueza y humildad "Toujours on ne fait pas ce qu'on propose" al quebrar sus propios preceptos sobre el hiato. Si bien, desde luego, no ponía en la prohibición antecedente la pedantesca severidad de su continuador.

Riva-Agüero respondió a su solicitante que partía en esos días a su hacienda a descansar de sus fatigas limeñas, pero que se proponía llevar consigo el trabajillo norteamericano para tratar de hacer algo en el campo.

Pasó el tiempo. Riva-Agüero, que estaba descansando en su vasta posesión de Ica, no dió señales de vida al llegar el plazo en que debía de entregar su trabajo. Requerido por carta, se excusó pidiendo se le permitiera publicarlo en la siguiente entrega. Pero tampoco estuvo lista la nota bibliográfica esperada, para la nueva fecha. El autor anunció que el tema se prestaba a una exposición un

poco más extensa y que podría ser publicado como artículo. La mesa de redacción de la Revista se congratuló por ello.

Poco después Riva-Agüero llegaba, al fin, a Lima con el trabajo completo. Lo que debía haber sido un juicio crítico, y luego un artículo de revista, se había convertido en un libro más extenso que el breve folleto que lo motivaba. Sólo conozco otro caso semejante: el de Ernesto Quesada al comentar a Spengler. . .

Y de esta manera, por cierto inesperada, durante un "reposo" en Ica nació este libro nuevo. Pero como su autor era hombre de muy saneado haber —una de las más grandes fortunas del Perú, en efecto— el libro, pulcramente editado, estuvo pronto en venta.

En él se exalta a Ronsard, "el noble Pedro de Ronsard" desde luego (p. 20), devolviéndole la propiedad de la estrofa lírica de diez versos "atribuída vulgarmente a Malherbe" (p. 15); se le señala en su niñez en las tierras del Bajo Vendôme, al borde del Loire, río que inspira a Riva-Agüero una descripción magnífica: "El gran Loira, con sus afluentes vasallos se parece a Apolo el rubio, el del casco de oro, el de la cítara y el arco de plata dorada, seguido de cisnes, rodeado de musas danzantes, de ninfas y jóvenes faunos: tropel de cuerpos esbeltos y flúidos como las estatuas de Jean Goujon. Cíngulo claro, recamado de gracia; orlado de maravillosa guirnalda de selvas, viñas y cincelados castillos; caudal sinuoso en un vergel lozano; riente, lascivo y fresco río favorito de los Valois". (p. 21).

De este tipo —y aunque esta página de antología esté ensombrecida con el lunar de una nota de erudición barata, recordatoria de los castillos archiconocidos, que deslustra su gracia sonora y cadenciosa—, hay muchas descripciones en este libro. La justeza, la picardía y el acierto en la elección de algunos epítetos, o la finura y precisión de los adjetivos, resplandece inimitablemente. En Riva-Agüero es don excelso, que él se complace en prodigar.

Veamos un buen ejemplo de ello en la forma como zahiere a Malherbe, "zalamero y arrastrado como un bizantino, o como un panegirista criollo virreinal o pseudo republicano!" (1) (p. 79). He aquí como le trata: "Malherbe no es simpático, por cierto, como lo es Ronsard, sino al revés, desagradable y repelente. Estrecho, avaro, ávido y despótico, a la vez fanfarrón y servil, nulo en imaginación y sentimiento, se nos ofrece como el más acabado contraste de la ingenuidad noble, la altivez pulcra y patricia, y la abundancia caudalosa de Ronsard. Desempeñó una tarea depuradora de la lengua, útil en ese instante; pero en forma excesiva y a la larga contraproducente, y con toda la adustez y malignidad de su índole. Hay en él un espíritu litigioso y astuto, de logrero arrimadizo y disimulado, que reproduce el aspecto peor del carácter de su provincia normanda, y se combina singularmente con la intolerancia y la insolencia pedante del *magister* recluído en lo gramatical y lo retórico. Tiene en la vida muchas de las lacras del advenedizo, como sin duda lo

era para la sociedad cortesana del tiempo, no obstante las genealogías y alegaciones que en apoyo de su tan discutible alcurnia ha presentado hace pocos decenios el erudito profesor Bourrienne. Francisco de Malherbe, el gentilhombre del Rey, el poeta de las campañas contra los hugonotes, padeció siempre el complejo de su procedencia plebeya y protestante" (pp. 63-64).

Raro sería, en eso al menos, poder engañar a Riva-Agüero, fuerte en genealogías europeas y americanas por la preocupación aristocrática que fué su norte. De ahí que deshaga los pseudo antecedentes de linaje con que el infortunado Malherbe tuvo que ocultar sus oscuros orígenes, a fin de alternar con los únicos a quienes podía interesar su mensaje. Y luego nuestro implacable crítico peruano carga contra la discutible ortodoxia de su fe, usando para ello una frase definitiva, mezcla de desprecio y repugnancia, que es una obra maestra de su prosa magnífica: "La impiedad disfrazada y vergonzante de este hugonote apóstata, tenía que hacer más infecundo el dejo de glacial protestantismo en que fué formado. La imaginación se le quedó perfectamente desnuda y vacía, helada como un templo calvinista" (pp. 69-70).

Riva-Agüero sigue a Malherbe a través de todo el triste calvario de su vida de talentoso desheredado: su matrimonio sin amor, sus sórdidas sollicitaciones, sus poemas de encargo, en los que a veces —harto de tener que cantar lo que no sentía— se satisface con cambiar apenas si el nombre del destinatario; sus indignaciones contra el destino, sus rampantes dedicatorias a los poderosos, su frialdad profesional de vividor de lo ajeno. El cuadro no es agradable. Malherbe queda rebajado a una condición indigna de bufón de príncipes y reyes; de sirviente a quien, a cambio de sus versos, se le ha permitido abandonar en un traspatio su librea; de comensal eterno, indiferente y desagradecido, que no sabe morir de hambre con dignidad o llevar eternamente luto por quien le toleraba en un extremo de la mesa ampliamente tendida para los iletrados de cuna más brillante.

Ignoro hasta que punto este retrato, brillante en su minuciosa realización, puede resultar falseado en su contenido, por recargo en las tintas, pero es evidente que de todo ello surge lo que Riva-Agüero no ha pensado en preparar, según supongo: la condenación de un orden social en el que tal puede ser la vida de un hombre de talento. Que Malherbe se haya visto forzado a hacer todo lo que hizo para medrar y hacerse oír, es cosa que demuestra hasta que punto aquélla no era una sociedad perfecta, hasta que punto faltaba en ella no sólo acierto en la distribución de la justicia social sino también habilidad e inteligencia en la utilización del hombre por el hombre.

Es fácil para quien lo tiene todo —inteligencia, erudición, condición social, dinero—, condenar las claudicaciones del que entra en la vida por la puerta de servicio. Pero un estudio más profundo del

problema se vuelve en contra del mantenimiento de una sociedad que permite, asegura y perpetúa un régimen social en el cual la prostitución de la inteligencia es la primera condición del éxito.

Destaquemos por último, para cerrar este dilatado comentario que sólo la importancia del autor justifica, que dentro de la lógica e implacable estructuración de estos animados *Estudios sobre literatura francesa*, el lector se siente de pronto sorprendido (como lo había sido con la ya recordada *boutade* de la pág. 79), con un fino paisaje americano que se cuele, de rondón, en este apretado relato galo: "La poesía de Malherbe se parece a una jornada en los desiertos de Arabia o de Egipto, o mejor en nuestras costañas pampas. En el fondo las montañas se perfilan con líneas serenas y nobles. El cielo a ratos es azul, y se recortan en la luz haces de elegantes palmas. Pero con frecuencia el ambiente es gris, plumizo; y las mismas palmeras se agravan sobre el tronco, en más de su mitad, con muertos follajes. Los raros oasis son manchas minúsculas entre las monotonías de las arenas y los despoblados cascajosos. Apenas rodean algunas matas polvorientas. Las cisternas son pozos tibios y triviales, o hilos de agua tenues y salobres. Cuando los viajeros se internan en la circundante aridez, el paso de las cabalgaduras suena con ritmo vacío y monótono, sobre los pedregales infecundos, cual martillean las cesuras clásicas" (pp. 89-90).

¿Qué ha pasado? ¿Cómo se ha extraviado aquí este cuadro en que lo yermo se torna armonioso? El acaudalado propietario de Ica, cansado de escribir sobre un pasado extraño, ha abierto su ventana...

FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA.